

ca, ha encontrado recursos de fuerza dramática en el divorcio. Una de sus obras más impresionantes es la titulada *El Dédalo*. En ella vemos a una mujer divorciada, que ha vuelto a casarse. Tiene esta mujer un hijo, a quien ama muy de veras. El niño vive con su padre, el primer marido. Enferma gravemente la criatura, y la madre es llamada a su cabecera, y acude angustiada, desolada. Velan al niño los que le engendraron. En una noche de ansiedad, de zozobra, de tensión nerviosa, las manos se estrechan, el amor resucita. Apenas se sabe cómo ocurre, pero ocurre, y de aquí el inextricable dédalo: la conciencia de la mujer se abisma: ignora a quién pertenece ya, cuál de los dos hombres puede, con mejor derecho, reclamarla, exigir su fe, su compañía... El segundo se apoya en la ley; el primero, en la naturaleza: es el que la ha hecho madre. Si la heroína de este drama, (que hemos visto muy bien representado en Madrid,) fuese sinceramente católica, el dédalo no existiría. Su único esposo era el primero, y no podía ser otro alguno, Y si fuese una anarquista, tampoco hay dédalo: preferiría al que amase. Pero es una civilista: respeta la ley establecida por la república francesa. Esto, a mi ver, empuja el conflicto, porque las leyes humanas, solamente humanas, deben sin duda acatarse, en toda sociedad bien organizada, pero no deben originar luchas de conciencia a ningún espíritu superior. *Mala guía prohibita*... La ley humana es necesaria, y la obedecemos, pero no llega a lo íntimo. Sabemos de sobra que las leyes vienen y van. Como quiera, la heroína de *El Dédalo* no encuentra solución, y el autor tampoco, pues se ve obligado, para concluir, a despeñar a los dos maridos en un torrente que tiene la comodidad de encontrarse allí a mano, cuando más falta hace.

* *

La idea de otra obra muy notable de Hervieu, *La course au flambeau*, es de mayor trascendencia dramática, a mi juicio, que la de *El Dédalo*. Es también más osada, muy osada, al menos en la forma que él la desenvuelve; porque, como convicción latente y general, pertenece al número de lo sabido y axiomático. Se reduce a que los padres quieren a los hijos mucho más que los hijos a los padres, y de otro modo, más apasionado, más intenso. Con exaltaciones y sacrificios de toda especie. Hervieu nos representa la vida como una de aquellas carreras antiguas, en que de mano en mano pasaba la encendida tea. Las generaciones, en su curso, se transmiten la llama de la vida y del amor, y nunca vuelve atrás el don precioso, sino que, incesantemente, se dirige hacia adelante, hacia la generación nueva. He ahí la razón del interés que inspiran los niños y del enfado que suelen inspirar los viejos. He ahí por qué todo parece sonreír a la juventud.

La heroína de *La course au flambeau* es hija y madre. Como hija, no demuestra gran sensibilidad. Como madre, es distinto: no sólo renuncia al amor y a la dicha por no contraer un segundo matrimonio que la apartaría de su hija, sino que por ella se halla dispuesta a todo. En la palabra «todo» se encierra hasta el siniestro significado del crimen. No el crimen como en las antiguas tragedias, armado de veneno y puñal; el crimen a la moderna, disimulado, oculto bajo insidiosas apariencias, doméstico y domesticado, encubierto, en los senos de la conciencia, bajo el velo de excusas interesadas y razonamientos especiosos. Crimen sin embargo, tan crimen y tan ultraje a la naturaleza, como el del vengador perseguido por las Erinias: el parricidio.

La heroína de *La course au flambeau*, como sabemos, ha rechazado, por cariño a su hija, las proposiciones matrimoniales de un hombre honrado, opulento, y que la ama. Apenas acaba de despedirle, y él desaparece para siempre, participa la hija a la madre que está enamorada y se va a casar. El sacrificio ha sido inútil; pero ya está consumado. Otro género de luchas empieza. La heroína tiene madre, y la madre es rica ó, por lo menos, ha sabido guardar y defender alguna hacienda. El nuevo matrimonio se encuentra comprometido en sus intereses, por errores comerciales del marido; y la madre comienza a exigir a la abuela sacrificios de dinero, en favor del yerno y de la hija. La abuela protesta: no quiere morir en la indigencia: ha profesado siempre principios de orden y de economía, y no se desprenderá de su fortuna. Y, lentamente, en su desesperación, impotente para salvar a su hija, va la madre deslizándose por la pendiente peligrosa. Ante todo, prescinde de su dignidad, y pide dinero a su antiguo adorador: no lo obtiene, porque no puede averiguarse su paradero. Después, la idea se concreta. ¡Si su madre muriese! ¡Una persona de edad..., es tan fácil!.. Una consulta de médico la enteró de que, para el padecimiento de la res-

petable señora, sería fatal cierta altitud, cierto clima de montaña. A ese clima va a trasladarse parte de la familia. La anciana, puerilmente, se empeña en ir también. Y, al preguntar a su hija «si puede acompañarlos», la hija responde: «Sin duda.» La frase—observa Lansón,—es tan trágica como el famoso «¡Salid!» de Roxana, en la tragedia *Bayaceto*, de Racine. Con esa frase sencilla, que ninguna responsabilidad envuelve, ni ninguna apariencia truculenta encierra, la hija ha condenado a muerte a su madre, lo mismo que si le derramase un activo veneno en la bebida. Este es el crimen en las civilizaciones avanzadas, al amparo de las seguridades de la ley, de sus complicidades sordas; y tan crimen, sin embargo, como el que vierte sangre. Es el crimen del instinto, de la hembra defendiendo a su cría, en las edades primitivas, y no vacilando para protegerla, en cometer toda atrocidad. La anciana muere, en efecto; pero el parricidio será tan estéril como había sido el sacrificio; la hija y su consorte han decidido partir a América a rehacer su honor y su fortuna, y, con igual indiferencia filial de la que ha sentido la heroína, se van y la abandonan, dejándola entregada a la soledad y al remordimiento. La inflexible ley natural se ha cumplido...

Claro es que la tesis de Hervieu está llevada al extremo. No todos los hijos serían capaces, ni aun tratándose de salvar a sus propios hijos, de un parricidio deliberado. La presentación dramática de una idea exige este radicalismo, y sólo llevada a sus últimas consecuencias, la acción destaca con violenta energía el pensamiento. Que la idea es exacta, no pudiéramos negarlo, aunque no revista esa exactitud matemática que rara vez se observa en la psicología. Hay muchos casos de ardiente amor filial, sobre todo el amor de los hijos a las madres; y hay también madres descastadas que no aman a sus hijos. Con todo eso, la tesis de Hervieu es, en general, verdadera. Por ella se explica el caso tantas veces observado de la mayor ternura de los abuelos hacia los nietos, prefiriéndolos y sacrificando por ellos sin reparo a los hijos, muchas veces. Obedecen los abuelos, probablemente sin razonarlo, a la ley de la *course au flambeau*. La antorcha ha pasado ya de manos de una generación a la de otra más recientemente llegada a la escena del mundo, y ésta es la que importa. La anterior ya cumplió su función, ya hizo su recorrido.

* *

Me he detenido en el teatro de Pablo Hervieu y, sin embargo, es el que menos me atrae quizás, entre los tres autores explicados por Lansón con tanta competencia. Hervieu, autor de ideas y de tesis, que hace pensar—de la familia de Ibsen, para decirlo pronto—pertenece, sin embargo, también a otra familia, para mí mucho menos aristocrática: la de los maestros en enredar y desenredar; la de los que dominan el arte escénico. Lansón lo dijo con suma exactitud: Hervieu, al componer sus obras de tesis, no ha renunciado a uno solo de los recursos de su *métier*. Conoce su *métier* a fondo, y lo aprovecha, manejando la intriga, no desdeñando los efectos teatrales. Y si no, dígalos el oportuno torrente y precipicio de *El Dédalo*. Es, además—y esto no lo dijo Lansón, lo digo yo,—muy visible la relación entre el teatro de Dumas hijo y el de Hervieu. Como Dumas, Hervieu prefiere estudiar los problemas de la relación y unión legal del hombre y la mujer, los fenómenos de la pasión, en lucha con las instituciones y las costumbres, las fluctuaciones de la materia al ideal. Son ambos teóricos del amor y el matrimonio, censores de las leyes, y rara vez llegan a algo más trascendental, como *La course au flambeau*. Debo decir, sinceramente, que Dumas no presentó jamás una tesis tan honda. Dumas concedió mayor importancia que Hervieu a la sociedad, es decir, a las preocupaciones y usos de un momento dado, por lo cual, descuella antes en la comedia que en el drama. La sociedad inspira las altas comedias, pero sólo lo eterno humano puede inspirar los dramas intensos.

El Demi Monde es una comedia deliciosa, y *La mujer de Claudio*, un drama afectado, falso, efímero, y hoy, risible. Porque la sociedad cambia, y cambian más todavía las circunstancias políticas de un país, mientras que el corazón humano, con su complicada actividad, no ha variado tal vez desde las épocas que nos permite conocer la historia. El mismo estímulo celoso que incitó a Clitemnestra a traicionar al rey de reyes, llevó a Otelio a estrangular a Desdémona, incitó a Roxana a enviar a la muerte con una palabra a Bayaceto, y produjo la catástrofe de la obra de Curel *L'envers d'une sainte*. Remontémonos, descendamos... ¡Al través de las edades, todo igual!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va aclimatándose el que vengan conferenciantes franceses a dar cursos de su literatura y lengua en las incómodas aulas de la Universidad Central. El alma de esta empresa es el docto hispanófilo Merimée, que, desde muchos años hace, y desinteresadamente, anhela que se estrechen las relaciones intelectuales entre España y Francia. Hago notar lo del desinterés y lo de la larga fecha, porque gran parte del *beau zèle* que ahora se despliega en algunas naciones extranjeras en favor del cultivo de la lengua castellana, se debe a la importancia comercial que ésta ha adquirido y que crece cada día, por ser la de las naciones hispanoamericanas. Merimée trabajó impulsado por otro móvil: su amor a nuestras letras, en el hereditario, transmitido por su ascendiente el autor de *Carmen* y de *Colomba*.

El curso actual, que ha empezado con una sesión inaugural brillante, donde Merimée disertó en español con una pureza de forma y una elegancia de dicción insuperables, abarca tres principales materias: el teatro francés contemporáneo, explicado por M. Gustave Lansón, catedrático de Literatura Francesa en la Sorbona de París, y conocido y competente crítico; la novela en Francia en el siglo XIX, por M. Henry Guy, catedrático de la Universidad de Toulouse, y el arte en el mediodía de Francia y sus relaciones con el arte español, por M. Henry Graillot, catedrático de Toulouse igualmente.

Los temas están elegidos con fino gusto y conocimiento de lo que pudiera interesar a un público menos dormido que el nuestro. Verdad que, si aumentase el auditorio de estos conferenciantes en relación con la amabilidad de sus temas y la manera atractiva con que los desarrollan, no cabría la concurrencia no diré en las aulas, ni en el Paraninfo. Aun hoy no cabe en el aula y, además, esa concurrencia escucha con fervor, está lo que se dice pendiente de los labios del conferenciante, subraya los pasajes en que éste pone intención, y sale verdaderamente complacida y abierto el apetito para la conferencia próxima. Basta para poder asegurar que no se ha perdido el tiempo al organizar esta fructífera comunicación internacional.

* *

M. Lansón ha terminado ya su cometido. Del moderno teatro francés, ha explicado solamente a tres autores: Hervieu, Curel, Portoriche. Son sin duda los que para él revisten superior importancia, porque no se los puede llamar hombres de teatro, sin llamarlos antes pensadores y psicólogos. Para M. Lansón, como para todo el que considere en el teatro la obra de arte, antes que la obra de maña y habilidad, lo que ellos llaman *métier*, las obras no valen por la intriga, ni por el enredo, sino por los sentimientos, las pasiones y las ideas. Los tres tipos de autores dramáticos elegidos por el conferenciante, ofrecen este carácter, con una diferencia: Hervieu expresa los conflictos que la naturaleza y la ley hacen surgir, en lucha con la voluntad humana; Curel profundiza más en lo intelectual, y plantea casi todos los problemas hondos de la época presente, y Portoriche, continuando a Racine en estilo moderno, revela los misterios del amor, únicos que para él parecen existir. Presentan, pues, fisonomía propia.

Hervieu, como varios autores franceses de su época,